

EL TRABAJO

Organo de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15156.—Secretaría 25.—Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Todos para uno
Uno para todos

Abril 1931

Reclamación de amnistía

Manifiesto del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores

A todas las Secciones y Agrupaciones

Estimados camaradas: Cuando recibáis esta circular habrán comenzado en Jaca las sesiones del Consejo de guerra para juzgar y fallar las causas instruidas por la rebelión del pasado mes de diciembre. Se ha hecho pública ya la petición fiscal, y ésta es de tal naturaleza que ha causado hondo estremecimiento en la opinión del país. Cinco penas de muerte pide el señor fiscal en Jaca, y se abraza el temor de que se pidan más en otras localidades.

La pena de muerte es siempre cruel e injusta; pero en este caso lo es mucho más. Ni el régimen ni el Gobierno están capacitados legal ni moralmente para juzgar y aplicar sentencias a nadie. El régimen, porque subvirtió la legalidad privando al país de sus legítimos derechos de soberanía, por cuyo delito no rindió aún cuentas; el Gobierno, porque ocupa el Poder sin títulos legítimos emanados de la voluntad soberana de la nación. Desde el 13 de septiembre de 1923 toda la vida oficial del Estado se desenvuelve fuera de toda norma de derecho. El Poder manda de hecho, pero no de derecho. No tiene, pues, facultades legales para juzgar, sentenciar y ejecutar a nadie quien es reo de culpa y debe ser enjuiciado, juzgado y castigado. Desde 1923 son varias las sediciones que se han producido, y en ninguna se aplicó la pena de muerte. En el Gobierno hay un general que fué procesado, condenado, amnistiado y que ha sido presidente del Consejo de ministros, y hoy figura en el actual Gobierno, no merced a la voluntad del pueblo.

El país vive ya ocho años privado de sus legítimos derechos de soberanía y de libertad; ha dado ostensibles pruebas de sus deseos para que los actualmente encartados en procesos civiles o militares sean amnistiados. El Gobierno no se atreve a negar la justicia de la amnistía; pero deja pasar el tiempo, afirmando es un problema que debe resolver el Parlamento. La posición del Gobierno es falsa, sobre todo si se tiene en cuenta que durante los años de la anomalía política en que vivimos se dieron amnistías, se impusieron al país impuestos y se realizaron empréstitos que fueron escandalosos negocios a cuenta de los intereses nacionales, sin tener para nada presentes los preceptos de la Constitución. ¿Por qué no se puede ahora decretar la amnistía? ¿Es que entonces los delincuentes eran monárquicos y ahora no? ¿Es que hasta para la aplicación del derecho y de la justicia los españoles estamos divididos en dos clases? ¿Es esto lícito? ¿Es siquiera tolerable?

Las horas que pasa España son graves, gravísimas. Un nuevo derramamiento de sangre contribuiría extraordinariamente a acentuar el mal. El régimen tiene sobre sí, aparte de las grandes responsabilidades históricas, la de haber ejecutado por sorpresa a los pundonorosos capitanes Galán y García Hernández. Si después de verida esta sangre generosa de dos hombres ennoblecidos en el sacrificio de sus vidas en defensa de las libertades del pueblo, se intentase sacrificar más vidas en holocausto de la negra reacción, y el país no se levantara en masa airada contra la tiranía que amenaza con disociar la nación conduciéndola al caos, todos quedaríamos envilecidos.

Por eso nosotros levantamos nuestra voz de protesta ante la negativa del Gobierno a conceder la amnistía para todos los presos y procesados políticos, civiles y militares, e invitamos a las Sociedades de la Unión General

de Trabajadores y a las Agrupaciones del Partido Socialista a que, sin demora, organicen actos públicos y manifestaciones en favor de una amplia amnistía, rápidamente y sin más aplazamientos. De todos los actos que se realicen deberán enviarse conclusiones al ministerio de la Gobernación, y telegramas al jefe del Gobierno demandando, como medida de justicia, la amnistía.

¡Camaradas! ¡Abajo la pena de muerte! Pidamos con energía y entusiasmo la libertad de todos los españoles incurso en procesos por la sublevación de diciembre y por todos los delitos políticos.

Que por todos los ámbitos del país no se oiga más que un solo grito: ¡Amnistía! ¡Amnistía!

Por las dos Ejecutivas del Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores: Manuel Cordero, Wenceslao Carrillo, Anastasio de Gracia, Rafael Henche, Andrés Gana y Enrique Santiago.

Madrid, 13 de marzo de 1931.

Ante la lucha electoral

Escribimos estas líneas bajo la impresión de que han de ser un hecho dentro de pocos días las elecciones de concejales en nuestro país.

Ningún trabajador que haya examinado atentamente la situación creada a España con el golpe de Estado de 1923 permanecerá indiferente ante el acontecimiento tan importante como el que se avecina si, por fin, las elecciones llegaran a celebrarse.

El primero de los hechos que necesitamos destacar es que cuando el régimen monárquico encargó a los militares la dirección de los destinos nacionales se ofreció al país una renovación tan completa de nuestras costumbres públicas, que pondría a España en las condiciones de un pueblo moderno. El caciquismo político había de extirparse definitivamente del área nacional, sustituyendo su pernicioso influencia con la gobernación de hombres nuevos sin filiación política.

A los siete años de incertidumbre en cuanto al porvenir de España, la primera dictadura dejó el instrumento de gobierno sin otra orientación que la misma voluntad que le dió vida. No se había resuelto ninguno de los problemas nacionales que constituyen la preocupación actual de la democracia española, ni dado vida a los núcleos de opinión que, sin partido, habrían de gobernar España en el porvenir. Termina este período entregando el Poder a otro Gobierno que, desde el primer momento, ofreció normalizar la situación política, convocando elecciones, según lo permitieran las condiciones en que tomaba a su cargo esta interesante misión.

Los más acendrados partidarios del apolitismo reconocieron de hecho que mientras el país no tornara a la situación constitucional, de que había salido contra su voluntad, sería difícil mantener la tranquilidad indispensable para desarrollar toda obra positiva.

Examinado el período que nos separa de 1930, encontraremos, a través de las insistentes declaraciones del Gobierno, el deseo de normalizar la situación, sin que sus promesas hayan bastado para conseguir este fin, que anhela en la actualidad lo más activo de las fuerzas liberales de nuestro país.

La huelga general de diciembre y

el proceso con que termina aquel heroso movimiento han influido poderosamente en el desarrollo de los acontecimientos, hasta el punto de conseguir lo que en circunstancias distintas hubiera sido dudoso. La posición de las izquierdas políticas ante la convocatoria de elecciones generales tuvo como resultado inmediato una crisis política de las más graves por que ha atravesado el régimen. Conocida es de todos nosotros la parte que ha correspondido a la clase trabajadora en estos hechos.

Tan grande es el progreso de nuestra organización, que en el momento que estas líneas se publican el centro de gravedad de la política nacional estará en la conducta que observen los elementos republicanos y socialistas, aliados con carácter circunstancial para esta contienda contra el régimen político que rige los destinos del país.

Mucho tenemos que esperar de la gestión del Ayuntamiento los trabajadores de la edificación en orden a la apertura de obras que aminoren la crisis de ocupación en que vivimos con carácter permanente desde hace tiempo, y esto sólo bastaría para despertar nuestro interés por la contienda electoral que se prepara.

Pero en el momento actual aumenta la responsabilidad de nuestras organizaciones, en razón a que se va a librar una batalla política en que el pueblo trabajador y la democracia española han de dictar su fallo contra la organización del Estado que nos tuvo cerca de ocho años sin ley, en que la vida de las Sociedades obreras ha tropezado con serios inconvenientes para su normal funcionamiento; en que el ejercicio de nuestros derechos ha estado sometido al capricho de una persona no siempre capaz, etc.

Los asociados que tienen derecho al voto deben reflexionar antes de emitirle acerca de cómo han de pronunciarse. El consejo de la Junta directiva es que voten a favor de los candidatos socialistas y republicanos, por ser los legítimos representantes de nuestros ideales emancipadores y portavoces del sentimiento republicano, que cada día cuenta con mayores simpatías en las masas conscientes de nuestro país.

Páginas de los maestros

La ilusión mentida de que los hombres científicos tienen intereses armónicos con los del capital no puede durar. En la gran lucha de clases, su puesto está en las filas de los trabajadores.

La clase capitalista no remunera a los hombres de ciencia con paga, con honores y con posiciones oficiales por amor a la ciencia, muy por encima de sus estrechos cerebros, ni por admiración a las inteligencias privilegiadas. Paga el trabajo intelectual, como todo trabajo, porque sirve a sus depredaciones. La burguesía ha tolerado la investigación libre en las ciencias físico-químicas porque el progreso de estas ciencias era la condición del perfeccionamiento de los medios técnicos, o, lo que es lo mismo, del auge de su dominación; pero respecto a aquellas otras ciencias no menos positivas que las llamadas naturales, las ciencias sociológicas, la economía, el derecho, la fisiología mental o psicología, la clase capitalista tiene sus dogmas, tiene su ciencia oficial, ni más ni menos que en los siglos del dogmatismo, y la investigación de la verdad, de que puede salir la crítica y condenación del poder burgués, es tan poco libre como ella puede conseguir que sea.

Jaime VERA

CONVOCATORIA

Esta Sociedad celebrará junta general ordinaria los días 9 y 14 del corriente mes, a las siete de la tarde, en el salón grande de la Casa del Pueblo, para continuar el orden del día comenzado a discutir en las reuniones de febrero y marzo.

ORDEN DEL DIA

- 1.º Lectura del acta de la sesión anterior.
- 2.º Propositiones de la Junta directiva.
- 3.º Propositiones de los asociados.
- 4.º Gestión de Comisiones y delegados.

LA JUNTA DIRECTIVA

Madrid, 1 de abril de 1931.

Nota. — Para pasar al local es indispensable presentar la cartilla de asociado.

YO CREO QUE NO

No ya como contador de la Sociedad, sino en cumplimiento de un deber que como asociado me corresponde, voy a manifestar en estas columnas mi opinión referente a la conveniencia o no de implantar en ella el socorro de enfermedad.

Tarea en sí harto complicada, y por su índole, no menos propensa a errores en los cálculos que acerca de ella se elaboren; pero, no obstante los diversos obstáculos que durante el curso del estudio del problema se presenten, procuraremos con voluntad férrea y gran tesón salvarlos y sacarlo adelante; mas no es ésta la cuestión, sino declarar de antemano la conveniencia o no de suprimir el socorro de accidente del trabajo y establecer en su lugar el de enfermedad.

Declaro con toda sinceridad que si la asamblea, el día que trate el asunto, se inclina por la desaparición del indicado socorro de accidente, hará correr un riesgo peligroso a la propia organización, pues, por desgracia, todavía no estamos en las debidas condiciones para poder gritar a voz en cuello que los trabajadores, sin necesidad de tener en sus organizaciones Sección de socorros, contaremos en cualquier momento con fuerzas disciplinadas para la lucha y devolver, en la forma que sea, la contestación adecuada a los zarzapos que un día y otro se nos lanzan.

Es verdad que lo abonado por accidentes del trabajo en el pasado año es para llevarse las manos a la cabeza, pues la cantidad se elevó a la cifra de 148.490 pesetas, mientras que los compañeros que sufrieron enfermedad común quedaron totalmente desamparados, porque nada en contrario determina el reglamento.

Estimo conveniente la implantación del socorro de enfermedad, pero siempre a base de que no desaparezca el de accidente en su totalidad, sino haciendo una verdadera distribución del capital para poder atender las dos necesidades indicadas, pues no comparo en todo la teoría de que el accidentado debe quedar sin derechos allí donde tiene unos deberes que cumplir, porque para ello hay unos acuerdos y unas disposiciones reglamentarias que dicen clara y textualmente: «Aquel asociado que deje incumplidos sus deberes quedará privado de sus derechos.»

Las organizaciones obreras que desde sus primeros días se implantaron la base múltiple han de tener mucho tacto cuando traten de restringir derechos, aun cuando éstos sean sustituidos por otros, porque uno de los factores obstaculizantes es la desconfianza y el descontento que se crean (sin mala intención) entre sus componentes, pues ante este caso concreto habrá quien piense, y después continúe pensando, que goza y gozará de per-

fecta salud, porque nunca estuvo enfermo de algún cuidado; pero ¡ojó! y observemos a quienes tal piensen, por si fuesen de aquellos que bien pudieran llamarse profesionales del accidente.

Por suerte, es mayor el número de compañeros que en esta materia se conducen honrada y lealmente, y a buen seguro, se puede afirmar, sin temor a error, que éstos acogerían con agrado la implantación del socorro de enfermedad, restando el capital invertido en él de aquel que se emplea en el de accidentes, contando a su favor con un socorro más, que en todas las ocasiones buena falta les hace.

No es éste el momento de hacer una exposición de cifras y datos, porque a nada conduce si de antemano no se cuenta con una resolución definitiva, y, por tanto, hago punto final, reafirmando una vez más en las palabras que encabezan este trabajo, y que consisten en creer y estimar que en nada absolutamente es de conveniencia a la organización hacer que desaparezca por completo el socorro de accidente.

Mamuel PARAZUELOS

BOICOT

Desde hace muchas semanas, luchan tenazmente las organizaciones gráficas de Madrid en defensa de mejores condiciones de trabajo.

La mayor parte de las casas han transigido con las peticiones de los obreros, tan justas como todas las que se formulan por organizaciones debidamente orientadas.

No están en el mismo caso las Empresas Prensa Gráfica y la establecida en el paseo de San Vicente, donde edita el diario Ahora, cuya inspiración responde perfectamente al deseo de quebrantar la organización gráfica de Madrid.

La Casa del Pueblo, en reunión celebrada recientemente, ha informado a las Juntas directivas de la situación en que se halla el conflicto con estas dos Empresas, y entre otros acuerdos de interés, ha tomado el de declarar el boicot a Ahora y a Mundo Gráfico mientras las respectivas editoriales se mantengan en su posición actual.

La Junta directiva recomienda a nuestros asociados que no compren ninguno de estos dos periódicos en tanto no se encuentre solución al conflicto pendiente con la Federación Gráfica Española.

Los trabajadores no deben declarar las huelgas cuando tengan razón para ello, sino cuando cuenten con posibilidades para ganarlas. — PABLO IGLESIAS

Grupo Socialista de Albañiles. Suscripción abierta por este grupo pro presos y expropiados políticos.

	Pesetas.
Juan O. Pérez.....	1
Pedro Pajares.....	1
Juan Soriano.....	1
Isidro Núñez.....	1
Antonio Mijans.....	1
El número 71.....	1
Bienvenido de la Cruz.....	1
El número 127.....	1
Arturo Blanco.....	1
Obra de la calle de Velázquez, número 51.....	18,65
Ricardo Fernández.....	1
Obra de -Guinoo Hermanos, Don Ramón de la Cruz.....	28,85
Obra de la calle de Padilla, 117.....	33,25
Enrique Prieto.....	1
Bernardo Lumbrales.....	1
Mariano Ortega Ortega.....	1
Francisco Valdeolivas Requena.....	1
Francisco Hernández.....	1
Julán Pedrosa.....	1
Juan Casas.....	1
Ricardo Fernández.....	1
Un compañero.....	1
Bienvenido de la Cruz.....	1
Patricio Varela.....	1
Obra de la calle de Padilla, 117.....	28,55
Juan Soriano.....	1
Antonio Pérez Arnáiz.....	1
Juan O. Pérez.....	1
Manuel Jáimez.....	1
Eugenio Hernández.....	1
Ramón Fernández.....	1
El de la semana pasada.....	1
El 119 del Grupo.....	2,50
El 88 del Grupo.....	1
Pablo García de Fernando.....	1
Manuel Luna Cruz.....	1
Gabriel Chaveinte Orgaz.....	1
Ambrosio Villarrubia.....	2
Juan Soriano.....	1
Nicolás González.....	1
Esturmino González.....	5
El de hace dos semanas.....	1
José Martínez Mórdenes.....	5
Obra de la calle de Padilla, 117.....	39,15
Juan Soriano.....	1
Obra del paseo de la Florida, 17.....	20
Alberto Pizarro.....	1
Grupo Socialista de Albañiles.....	10
Juan O. Pérez.....	1
Francisco Castillo.....	4
Su peón.....	1
Pedro Alvarez.....	2
Isidro Núñez.....	1
Antonio Lorente.....	1
Ricardo Fernández.....	1
Fernando Santana.....	5
Julán Alonso.....	1
Uno que da cuando puede.....	1
Total.....	247,95

Dijo la sartén al cazo...

He leído un artículo en *Solidaridad Obrera* sobre la huelga de los obreros gráficos madrileños condenando la táctica seguida en ella y su término como un rotundo fracaso. Estos elementos suelen emplear todos sus enojos y críticas con los de tendencias contrarias a ellos, olvidándose de hacerlo, con la actitud que se merecen, a los Gobiernos capitalistas, a quienes, en vez de censurar, recurren en demanda de cosas que nosotros, que se nos llama adormideras socialfascistas y otras injurias, no sólo no descenderíamos, sino que si por interés de la organización o por una exigencia de su funcionamiento tenemos que pedir, no lo hacemos con tan bajos argumentos y razones, como el de culpar a comunistas, ni aun siquiera a ellos mismos, de elementos perturbadores. Nosotros, si esta conducta tenemos que condenar, lo hacemos en las juntas generales, pero no se nos ocurre hacerlo a las autoridades, porque es, más que pedir un favor o un derecho, una infame delación.

Les reprochan a los gráficos que las huelgas no se pueden sostener con dinero, ni resolverlas ni prevenir las con manejos y conversaciones en los departamentos oficiales. Según el articulista, la violencia es la suprema razón que debe emplearse contra esquirols y patronos para conseguir el triunfo en nuestras luchas.

Pero, si es así, no es de los dirigentes la culpa; si la ausencia de escrúpulos para emplear esa táctica no está acusada en la masa obrera, será ésta la que, por propio instinto, la rechace. Y el consejo, en este caso, no representa más que una cobardía, porque esa acción sólo tiene que ser realizada por el que lo piensa.

Y en esta ocasión, no es para los dirigentes el agravio, sino para los núcleos sindicalistas que hay en la industria en huelga, los que, si confían en ese método, han podido practicarle sin sugerencias de nadie, pues esto suele hacerse para luego explotar el derecho a la recompensa; descubriendo esto que, más que servir un ideal, se sirve a satisfacción de unos malos instintos y pasiones por gentes desalmadas.

La huelga — es verdad que hay mil

y pico de huelguistas en la calle — nos demuestra una vez más la razón que tenemos los socialistas de mostrarnos prudentes al comentar los conflictos, pues tenemos un sentido de la responsabilidad muy desarrollado y un gran sentimiento para evitar sacrificios estériles o inútiles, aunque este método nos cueste el dictorio de traidores y cobardes; porque es fácil encender el entusiasmo de los obreros; fácil, porque se vive mal, se sufre mucho, y toda esta injusticia no puede terminarse con una acción ciega y descabellada, sino con una muy inteligente y constante actividad.

Pero los sindicalistas no son quienes ni tienen autoridad para criticar a los comunistas sobre el fracaso de su táctica cuando tienen sobre su bagaje la última huelga general de la construcción de Barcelona, en la que, además del fracaso, cosa episódica, ajena algunas veces a la voluntad de los huelguistas, fué una verdadera vergüenza su arreglo. Y como ejemplo máximo de fracaso queda registrado como único el del Sindicato de la Madera de Madrid. Tiene tal fuerza su acción disolvente y perjudicial, que asombra cómo hay compañeros tan ciegos que aún les siguen. Y mi asombro llega al grado superlativo al ver cómo aquellos critican a los comunistas, cuando en tantas luchas han ido juntos; esto me hace dudar muchas veces de si estos sindicalistas son unos locos, a quienes no se puede seguir, o son unos malvados, a los que hay que arrancar la dirección e influencia en las organizaciones, porque estas aparentes equivocaciones pueden ocultar la mano interesada que les impulse a obrar así.

REMEMBER

IMPORTANTE

Se recuerda a los asociados que las horas de entrada y salida al trabajo durante el presente mes de abril serán, con arreglo a lo que se determina en la base 20 del vigente contrato de trabajo, de ocho a doce de la mañana y de dos a seis de la tarde. En los meses de mayo a agosto, ambos inclusive, las horas serán las siguientes: de ocho a doce de la mañana y de tres a siete de la tarde. Lo que se participa a todos los asociados, para su más exacto cumplimiento, y en evitación de alteraciones que infrinjan el convenio de normas de trabajo establecido, y también de sanciones que debemos procurar no se impongan, por el respeto y buen cumplimiento a que a todos nos obliga la jornada legal de ocho horas.

INVOCANDO A DIOS

Al recibir a los cardenales del sacro colegio que fueron a ofrecerle sus votos con motivo de la fiesta de Navidad, el papa ha pronunciado un discurso que quiere ser resumen de los acontecimientos ocurridos durante el año 1930. Debió hablar el papa emocionalmente. Y habló de Rusia, de Méjico, de China, países donde goza de poco favor el catolicismo. Luego habló de Italia y de Roma, que ya no es, ¡ay!, la ciudad que era antaño, cuando los papas le otorgaban su bendición desde los balcones del Vaticano. Finalmente, el santo padre habló de una presunta guerra, en la cual no cree porque piensa que ningún Estado se atreverá a desencadenarla, siquiera sea por lo reciente que está la catástrofe de 1914...

Ya se ve que el santo padre habla sólo para una reunión de cardenales. Vale más así, porque sospechamos que la cristiandad, si pudiera oírle, no había de hacerle mucho caso. Lo mismo decía el papa antes de 1914, y estalló la guerra europea. Y mientras el papa, desde el Vaticano, seguía pidiendo a Dios que trajera al mundo la paz, los católicos, desde sus respectivos países, bendecían a las tropas que iban al frente de batalla y le rogaban a Dios que les concediese la victoria. Todos, al parecer, llevaban la razón. No hay manera de averiguar lo que Dios pensaría; pero lo que puede asegurarse es que ese problema no lo resuelve ni Dios. Porque tan creyentes eran los franceses como los alemanes, y tanto los ingleses como los austríacos, y más los rusos que entre todos juntos. Entre tantas solicitudes de protección, formuladas todas con igual derecho, ¿qué Dios, por muy todopoderoso que sea, es ca-

paz de resolver? Y lo mismo ocurrirá después, si la guerra no se evita por otros medios menos católicos, pero más eficaces. Los católicos de cualquier país del mundo son muy capaces de provocar otra guerra en el nombre de Dios. Y aclamando a Dios van las tropas a pelear. Y es que el catolicismo se ha nacionalizado, a pesar de Roma. Primero el patriotismo, después la fe. Lo único internacional son los armamentos y los buenos negocios, cuyos capitanes lo hacen también, para marchar por camino seguro, en paz o en guerra, invocando a Dios.

(De «El Socialista».)

De mi lira amorosa

RECUERDOS

En mis piernas sentada, cansados de besarnos — aunque esto de cansados es retórica, porque no nos cansábamos —, se solía acostar algunas veces muellemente en mis brazos. Recostaba su linda cabecita en mi pecho, mi hombro o mis manos, y quedaba dormida, con sonrisas felices en los labios. Y dormía, dormía confiada unos sueños muy largos, al igual que una niña pequeña que se hubiese rendido de cansancio. Y esto, que era una prueba de cariño, según pensaba yo, medio alado, me hacía que la amase mucho, ¡mucho!, y me estaba admirando su rostro virginal las horas muertas, ¡con arrebato!, ¡extasiado!

Y después de dejarla dormir mucho, le cogía las manos y besaba sus palmas y sus dorsos, sus muñecas, sus brazos, y metía sus dedos en mi boca, cual si fuera, feroz, a devorarlos; los chupaba, goloso, y así, medio alocado, la mordía en la palma suavemente, de vértigo de amor posesionado. Y en aquella sedosa cabellera, rubia como los trigos de los prados, sin turbar todavía el santo sueño, le acercaba mis labios, y no había perdón para sus rizos, que mis besos de amor enmarañaron. Sus pequeñas y lindas orejitas, de nácar y de raso, las cubría de besos igualmente, como un loco ya, sin darme cuenta de que fuera a turbar su sueño santo, su garganta cubría con mis besos, y hozando y más hozando, alcanzaba a besarla con la lengua donde no con los labios.

Y cuando ella, sensible al cosquilleo de mi boca y mis manos, darse cuenta podía levemente de que yo con Amor luchaba en vano, sin abrir sus ojitos de azabache, con un gesto pesado, perzosa y doliente, me decía: «Déjame, Feliciano!...», me quedaba un momento quietecito, su ruego respetando. Pero Amor, que es un niño irreflexivo, incitador y mágico, en su llama abrasando nuevamente la punta de un venablo, hacia mi corazón, con su ballesta, le lanzaba en el acto. Y ya, siendo imposible sustraerme al dolor del flechazo, le besaba en la frente, le besaba los párpados, le besaba las cejas, las mejillas, la nariz y los labios. Y en su boca, por fin, me detenía, en su boca de seda y alabastro, cual la abeja en el cáliz de las flores posa su cuerpo alado y recoge los néctares y aromas para hacer el panal dulce y dorado. Y, poseído de fiebre y de locura, lujurioso, invadido, sin saber lo que hacía, como un enajenado, con mis propias maxilas sus maxilas, con mis brazos sus brazos, con sus dientes mis dientes y mi lengua, el sueño ya turbado, transcurrían las horas dulcemente con los picos unidos cual dos pájaros. ¡Todo aquello pasó... pasó...! de todo, tan sólo me ha quedado un paquete de cartas, que conservo en el fondo de mi baúl, guardado, y un dolor agudísimo en el pecho donde Amor dirigía sus venablos, que no cura ninguna medicina ni es posible siquiera mitigarlo!

Feliciano MARTIN

La Conferencia del Desarme

Una de las mayores dificultades, insuperable esta vez, en los planes de reducción o limitación proporcional de los armamentos consiste en determinar la fuerza relativa que corresponde a cada nación.

¿Se tomará como base su situación presente, sus actuales efectivos, las cifras de sus vigentes presupuestos? Es ésta una solución absolutamente conservadora, que, como toda solución conservadora, choca contra la corriente evolutiva del mundo. Con-

siste en parar la rueda del Destino, dejando a cada cual perpetuamente en la posición que hoy, de momento, ocupa. Lo aceptarían, quizá, los países que se hallan en la alto, como Inglaterra o Francia; pero no aquellos a los que el momento actual cogió debajo, como Alemania, ni aquellos otros que, cual Norteamérica, se sienten subir a impulsos de una vitalidad ascendente.

El imperio británico aspira a mantener, como en el pasado, la superioridad indiscutible de su armada y el histórico dominio de las olas. Alegará que, aun para su propia existencia, necesita conservar el control de las rutas marítimas. Pero ya hoy los Estados Unidos se preguntan por qué no han de poseer ellos una flota por lo menos igual a la de la nación más poderosa. Es un técnico inglés, Biwater, quien, en su reciente libro «Navies and Nations», escribe estas palabras: «En suma, el poder marítimo es una cuestión de dinero. Como hemos dejado de ser el país más rico del orbe, nuestro predominio sobre los mares será disputado por otros países con la bolsa más repleta de oro.»

De ahí el desacuerdo angloamericano en la Conferencia de Ginebra.

Entre tanto, el Japón observa, medita; ha ofrecido propuestas de concordia con mediano éxito; habrá vuelto a observar y meditar. ¿Qué pensamientos cruzarán bajo su frente impasible, en tanto que, bajo sus lejanas aguas, velan silenciosamente sesenta o setenta modernos submarinos?

El ingeniero representante de Utopía, a todo esto, murmura distraídamente que el control de los libres mares no puede estar en manos de ese o de aquel Estado particular, sino que debería confiarse al régimen jurídico de una verdadera Sociedad de Naciones. ¿Solución aventurada? Sin duda. Aunque el buen utopiano replicaría, quizá, que no sería, en todo caso, más aventurada que otras soluciones capaces de conducir a aventuras como la última guerra europea, con sus diez millones de cadáveres.

Luis DE ZULUETA

NECROLÓGICA

El día 20 del próximo pasado marzo se verificó el sepelio de nuestro compañero Manuel Monreal Gallego.

Este camarada falleció víctima de un ataque cardíaco que sufrió cuando salía de la obra, ya rendida la jornada, en compañía de los demás compañeros. El compañero Monreal fué inmediatamente auxiliado por los compañeros de trabajo; pero todos los esfuerzos resultaron inútiles, porque el ataque había producido su muerte.

El camarada Monreal era de carácter tan afable, que tenía las simpatías de cuantos con él trabajaban; y todos los compañeros de la obra, con voluntad que emociona, hicieron cuantas diligencias fueron precisas hasta preparar el entierro, ya que este compañero era soltero y no tenía familia ninguna en Madrid.

Ellos fueron los que nos avisaron en nuestra Secretaría, por lo cual pudimos entre todos facilitar las cosas y acompañar el cadáver del querido compañero hasta su última morada.

El entierro constituyó una gran manifestación de duelo, pues acudieron todos los obreros de las diversas profesiones que la Compañía de Obras y Construcciones tiene en sus nuevas obras del puente de la Princesa, que es donde trabajaba el compañero Monreal, y una representación de la Sociedad.

A la hora presente ningún familiar de este infortunado compañero ha venido por nuestra Secretaría, ni sabemos si habrá llegado a sus oídos la desgracia, aunque se ha escrito al pueblo.

Por esto nos parece oportuno estampar aquí la filiación del compañero y enviar al señor alcalde un par de ejemplares de este número.

Se llamaba Manuel Monreal Gallego, hijo de José e Isabel, natural de La Alberca (Murcia). Nació el 16 de febrero de 1886.

Descanse en paz el querido camarada.

JUNTA GENERAL

En la celebrada el 24 del finado marzo en el salón grande de la Casa del Pueblo se acordó privar al compañero Dionisio Yuste de los derechos de voz y voto por tiempo indefinido.

Se aprobó el proyecto de contrato a que han de ajustarse los recaudadores de la Sociedad en los diferentes aspectos de sus relaciones administrativas.

Admitida una enmienda de la junta general, la cantidad equivalente al medio por mil se considerará como indemnización por quebranto de moneda.

QUISICOSAS

A pique estaba Marcelo de convidar a una rubia, cuando una copiosa lluvia envió piadoso el cielo. Guardando el bolso el amigo, dijo entonces a la nena: — Santo Dios, qué agua tan buena! ¿Qué viene para el trigo!

El mérito ponderando de un crucifijo, un prendero le anunciaba de este modo: «Se vende un cristo soberbio.»

NO ES PARA MENOS

—¿Es usted don Nabucodonosor Iturriburigoicocheazabolazagoitia?

—Sí, señor. Y Echeaneasururuzalachechea.

—¡Caramba! Pero ¿quién le puso a usted esos nombres?

—No sé; pero si lo llevo a encontrar lo mato.

EL QUINTORRO

El sargento: —A ver si después de tanto machacar has aprendido algo... Toca otra vez, hombre, para que oiga y aprenda este pollino... Así... ¿Qué han tocado ahora? El quinto: —¡Toma!... Pus la corneta.

HUMORADAS

(De Campoamor.)

Me atrae tanto el cielo, que extraño alguna vez cómo no vuelo.

Por burlarse, tal vez, de lo que es santo, creo que fué el demonio quien llamó al matrimonio la noble institución del desencanto.

RAZONAMIENTO

—¿Por qué golpeó usted al denunciante? —Porque es un idiota. —Tenga usted en cuenta que un idiota es un hombre como usted y como yo.

Cascando un piñón don Justo, avaro sobresaliente, sintió romperse un diente y se llevó mucho susto. Pero pronto se rehizo y exclamó, muy placentero: —Este no cuesta dinero. ¡Temía que era el postizo!

El nuevo asistente. —¿Tú sabes cuidar a los niños? —Pues ya lo creo, mi comandante; ¡pero que muy bien! —¿Sí? ¿Y qué oficio tenías antes del servicio? —Pues guardaba puercos en mi pueblo.

En Jueves Santo, un chicuelo perdió al juego no sé cuánto; y... —¿Ves? — le dijo su abuelo —. ¡Por jugar en Jueves Santo! —Podrá ser — le contestó el chicuelo con desdén —. Pero el que a mí me ganó, dígame usted, ¿no jugó en Jueves Santo también?

Una señora joven le decía en cierta ocasión a Mark Twain:

—¡Ah, querido amigo! Estoy tan aburrida, que ni sus libros logran distraerme.

—¿De veras? — contestó el humorista —. Pues yo le enviaré a usted mañana una cosa que terminará con su aburrimiento.

—¿Sí?

—Palabra de honor. Al día siguiente la señora recibía un paquete conteniendo un plumero, una escoba, una aguja y un dedal.

A un reo puesto en capilla preguntaba un majadero:

—¿Qué quisiera usted tomar?

—¿Quién, yo? Las de Villadiego.

Conferencias del compañero Juan José Morato

(Continuación.)

Acción política de la clase obrera. — «Considerando: que contra ese proceder colectivo de las clases poseedoras — el Poder político — no puede obrar el proletariado como clase, sino constituyéndose él mismo en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras; que esa constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y hacerla llegar a su fin supremo: "la abolición de las clases"; que la coalición de las fuerzas obreras, ya conseguida para las luchas económicas, debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha con el Poder político de los explotadores.

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en el estado militante de la clase obrera su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos.

Acuerdo relativo a España. — «La Conferencia da las gracias fraternalmente a los miembros de la Federación española por su trabajo sobre la organización social, que prueba una vez más su abnegación en la obra común.

Al pie de la circular en que el Consejo daba cuenta de lo acordado en la Conferencia hay una nota que dice: «Las resoluciones de la Conferencia no destinadas a la publicidad serán comunicadas a los Consejos federales de los diversos países por los secretarios correspondientes.

A principios de octubre de 1871 ya estaba Lorenzo de regreso en Madrid y daba cuenta de lo acordado y de lo ocurrido en la Conferencia verdaderamente aplaudido, aplanamiento que ganó a todo el Consejo federal. Para dar largas se acordó ni aun aludir a los acuerdos hasta recibirlos oficialmente del Consejo general. El acuerdo relativo a la acción política dió mucho que pensar, y también el no haber podido Lorenzo formar juicio en lo relativo al pleito de las Federaciones suizas por no haberse oído la voz de la del Jura, precisamente — lo recordamos de nuevo — aquella que dió hecha la resolución del Congreso de Barcelona respecto a la acción política, aquella con la que el primer Consejo federal había acordado estar en constante correspondencia.

Además, entre los acuerdos que serían comunicados por los secretarios correspondientes había uno que, naturalmente, conocía el Consejo federal, porque Lorenzo, en cumplimiento de su deber, lo comunicaría con todo detalle, y este acuerdo era el siguiente:

«La Conferencia declara categóricamente que la Asociación Internacional de los Trabajadores no ha intervenido para nada en el asunto Netchaev, que se había arrogado y había explotado, para sus fines particulares, el título de miembro de la Internacional.

Tal acuerdo iba directa y personalmente contra Bakunin.

El asunto era éste. Un editor ruso encargó a Bakunin la traducción del primer volumen de «El capital». Bakunin, apurado entonces o más apurado que de ordinario, pidió dinero anticipado, que le fué entregado.

El grande, el formidable agitador, no andaba tan sobrado de tiempo que pudiese realizar el trabajo con la premura que el editor quería, y se lo manifestó a Netchaev, que un día parece que le recriminaba porque ocupaba demasiado tiempo en traducir cuando había tantas cosas de más importancia que hacer, y hasta parece que se ofreció a hablar con la persona que medió entre el editor y Bakunin para lograr una tregua.

Accedió éste, y a Netchaev no se le ocurrió otra cosa que amenazar de muerte al intermediario, tomando el nombre de la Internacional.

Bakunin rompió con Netchaev, que era un ruso de valor extraordinario, revolucionario probado y resuelto a todo por las ideas; pero Bakunin debió hacer más: debió desautorizarle públicamente.

La verdad es que ni la Conferencia de Londres, ni después el Congreso de La Haya, tenían por qué haber hablado de este asunto, completamente privado, de no haberse tomado el nombre de la Internacional por persona significada para una gestión reprochable.

A lo sumo, este caso de Bakunin sería como el de tantos y tantos escritores, que toman dinero a cuenta de un trabajo que aún no realizaron y que le toman obligados por la necesidad.

El acuerdo relativo al pleito de las Federaciones determinó la publicación de un documento de la del Jura, firmado por dieciséis delegados, entre los que estaba Julio Guesde, representante de la Sección de propaganda y de acción socialista revolucionaria de Ginebra, de la que era miembro Bakunin. Se acusaba al Consejo general de abuso de los poderes, ya excesivos, que le conferían los estatutos reformados en Basilea y de querer acabar con la autonomía de las Secciones. Pedían la convocatoria inmediata de un Congreso y lanzaban acusaciones de falsedad contra el Consejo general.

La Federación romanda, en otra circular, encontró bien, naturalmente, el acuerdo de la Conferencia de Londres, desmintió las acusaciones lanzadas sobre el Consejo general, e hizo notar que, a lo sumo, debería irse contra los estatutos.

Para dar idea de cómo era esta lucha hemos de consignar que la Federación romanda llamaba a la circular la «de los dieciséis firmantes», y a la suya la «de las treinta Secciones».

Ocurría esto en los meses de noviembre y diciembre, y el 24 y 25 de este último celebraban su Congreso las Secciones de la región belga, en el que se tomaba el siguiente acuerdo:

«El Congreso declara, una vez por todas, que no es — la Internacional — ni ha sido nunca más que una agrupación de Federaciones completamente autónomas; que el Consejo general no es ni ha sido nunca más que una oficina de correspondencia e informes.

La Federación belga ruega a todas las Federaciones regionales hagan la misma declaración para la confusión de todos los que nos hacen pasar como dóciles instrumentos en manos de algunos hombres.

Considerando, por otra parte, que los estatutos generales de la Internacional, hechos en el nacimiento de la Asociación y completados un poco al azar en cada Congreso, no determinan bien los derechos de las Federaciones y no corresponden hoy a la práctica, declara que ha lugar a una revisión seria de los estatutos.

El Consejo federal de la región española envió estos documentos a las Secciones, que, además, aparecieron en las columnas de *La Emancipación* y *La Federación*. El primero de estos periódicos encontró justo y atinado lo acordado en Bruselas; *La Federación* no comentó nada.

A fines de 1871 estaba, pues, claramente planteada la cuestión, aun descontados odios, antipatías personales, soberbias, ansias de predominio, adulaciones, servilismos, idolatrías, tortuosidades de conducta, calumnias y, en suma, todo lo inherente a las luchas.

De un lado, partidarios de la acción política del proletariado como medio de conquistar la emancipación económica y total; de otro, enemigos de toda acción política. De un lado, partidarios de un organismo dotado de un Consejo general que fuese no sólo órgano de relaciones y estadísticas, sino también elemento con facultades delegadas para mantener la unidad de las Secciones, y de otro, adversarios de toda autoridad, partidarios de la autonomía completa de las Secciones, que estarán unidas no más que por una Comisión de relaciones y estadística, sin facultad alguna para admitir, rechazar, suspender, ni para aplazar o convocar Congresos o Conferencias internacionales.

Este era el problema, y lo hubiera sido aun despojando a Marx y a sus amigos y a Bakunin y a los suyos de su naturaleza humana para convertirlos en espíritus puros...

Pero volvamos a España, donde, dentro y fuera de la Federación, ocurrieron muchas cosas dignas de ser contadas.

Primeramente diremos que desde principios de junio de 1871 estaban en España Pablo Lafargue y su esposa, Laura Marx. El primero entró por el Pirineo aragonés, perseguido de la gendarmería francesa. Aquí le detuvo la guardia civil, que le encerró en la cárcel de Graus, de donde pasó a Huesca sometido a vigilancia hasta que acreditase su personalidad (ya sabemos lo que había dicho Sagasta acerca de los posibles refugiados franceses a la caída de la Comuna). Acreditada aquella debidamente, se le dejó marchar a San Sebastián, donde se había refugiado su esposa con el pequeño enfermo. (En Huesca y en San Sebastián se crearon por aquellos días Secciones de la Internacional.) (Este Lafargue, como sabemos, fué secretario para España del Consejo general de Londres, aunque no hay noticia de que hubiera tenido relaciones con nosotros.)

¿Qué hizo Lafargue en San Sebastián? Sólo sabemos que recién instalado allí vino a Madrid para hablar con el Consejo federal, y que estuvo en casa de Morago, pero no pudo entenderse con el Consejo porque éste estaba entonces en Lisboa.

Vivía en San Sebastián cuando, a fines de aquel año 1871, recibió orden de internarse en España, y vino a Madrid alrededor de Navidad.

Y segundo, Morago encontró mal que se hubiese dado a conocer a todos los individuos del Consejo federal la existencia de la Sección de la Alianza, y se separó de esta Sección, aunque no de la Alianza, porque Morago era de «los íntimos», de los admitidos en la Fraternidad. Para esta admisión habían sido como padrinos suyos Sentinón y Celso Gomis, el redactor de *La Solidaridad*, de Madrid, el compañero que presidió el té de fraternidad internacional de 2 de mayo. Bakunin tuvo en mucho siempre, y

con razón, a Tomás González Morago.

Sentados estos dos antecedentes, entremos en el terreno de la historia de España.

A raíz de la caída de la Comuna — como sabemos — había mandado el señor Sagasta, ministro de la Gobernación, que se persiguiese a la Internacional; pero esta persecución paró en seco cuando el Sr. Ruiz Zorrilla subió al Poder, en 24 de julio, del que, por una zancadilla de Sagasta, cayó el 2 de octubre, precisamente cuando se constituía el segundo Consejo federal.

El 5 de octubre se formaba nuevo Gobierno, presidido por un general — Malcampo —, teniendo por ministro de la Gobernación a un señor Candáu, enemigo de la Internacional y gran explotador de braceros andaluces. El resto del Gobierno era de la derecha, y presidía el Congreso el Sr. Sagasta.

Item, había un diputado alfonsino, competente en materias de economía y derecho, el Sr. Jove y Hevia, vizconde de Campo Grande, para el que la gran Asociación era la cifra y compendio de todos los horrores, y este señor, después de varias tentativas, logró que se diese estado parlamentario a un debate acerca de la Internacional, que duró desde el 16 de octubre hasta el 9 de noviembre, saliendo el Gobierno tan quebrantado, que el 18 del mismo noviembre se leía un extemporáneo decreto suspendiendo las sesiones del Parlamento, y el 21 de diciembre ocupaba Sagasta la presidencia del Gobierno y el ministerio de la Gobernación, y después lograba decreto convocando nuevas Cortes, que se reunieron el 24 de abril de 1872.

La votación recaída en el debate acerca de la Internacional facultaba al Gobierno para proceder contra ella por in-moral, y Sagasta aprovechó este acuerdo.

Fué tal debate el mayor bien que pu-dieron hacer a la Internacional sus aira-dos adversarios, defensores de privile-gios, de monopolios y hasta de la esclavi-tud en Cuba y Puerto Rico.

Uno de los más tremendos adversarios, el carlista Sr. Nocedal, con mucha razón, dijo el 7 de noviembre: «Insisto en que esta discusión es el más grande favor que el Congreso puede haber hecho a la Internacional: todos los días, oficialmente, por medio de los taquígrafos, de los redactores, lleváis los anuncios, los programas, los carteles, las defensas de la Internacional a la *Gaceta*, a los periódicos, a todas las poblaciones de España.

Aprovechando coyuntura tan favorable a la propaganda, la Federación local madrileña celebró una reunión pública en amplio teatro retando a controversia a los Sres. Candáu y Jove y Hevia y cuantos como ellos pensaran.

Presidió Paulino Iglesias, y hablaron Anselmo Lorenzo, José Mesa, Francisco Mora y una mujer, una obrera, Gillermina Rojas, que fué, por cierto, objeto de necios comentarios con pretensiones de chistosos por algunos espirituales escritores de diarios.

Además, Roberto Robert, el afiliado de la Sección Varía madrileña, con auxilio

de óptimo dibujante, publicó unas saladi-simas aleluyas de la Internacional, poniendo en solfa las ineptias de casi todos los oradores adversarios. «La Internacional explicada por los evangelistas del orden Candáu, Jove y Hevia, Alonso Martínez y M. Izquierdo (obispo)», y también «según los moralistas del agio, del suministro, de la trata negrera, de la quinta, de la lotería y de la pena de muerte», decía el título.

De aquel famoso debate han pasado a la inmortalidad dos discursos maravillosos: el de D. Francisco Pi y Margall y el de D. Nicolás Salmerón. Pero quien mejor defendió las ideas de la Internacional fué Fernando Garrido.

La división.

Los individuos del segundo Consejo federal, que iban a rendir cuenta de su gestión al Congreso de Zaragoza entregando los poderes que recibieran seis meses antes, podían estar contentos de su obra. Sin claudicación, antes con viril entereza — de que son muestra los asperísimos manifiestos de 17 de octubre de 1871 y 31 de enero de 1872 —, sin haber utilizado ni una sola vez las facultades semidictatoriales que les otorgara la Conferencia de Valencia, se presentaban al Congreso con 149 Federaciones constituidas y en constitución. Verdad que también se iba al Congreso con la discordia ya declarada por diferencias de criterio, acaso incipientes, exacerbadas por antipatías personales.

Fijemos bien los hechos. El Consejo federal era en rigor dueño de *La Emancipación*, aun no siendo este óptimo semanario más que un «periódico socialista», «defensor de la Internacional» — lo mismo que *El Condado* —, mientras que *La Federación* era «órgano de la Federación barcelonesa de la Asociación Internacional de los Trabajadores». En efecto, un grupo de amigos — quizá por iniciativa de Mesa — había emitido obligaciones de diez reales, y cuando se hubieron colocado 80, apareció el periódico, cuyo Consejo de redacción estaba formado por los hombres que sabemos, o sea los mismos que dirigieron la famosa carta a la asamblea federal, por cierto cuando estaban propagando la idea y organizando fuerzas en el sur y en el este de España Lorenzo y Mora.

Además, los nueve individuos del Consejo, juntamente con un compañero de la Federación local — Luis Castellón —, componían exactamente la Sección de la Alianza en Madrid, que era al propio tiempo la Sección central de la región española, habiendo otras en Barcelona, Cádiz, Córdoba, Málaga, Palma, Sevilla y Valencia.

Como sabemos, Morago se había separado de la Sección madrileña; pero estaba en la Sección de Ginebra, y, sobre todo, en la Fraternidad, como uno de los «íntimos», e «íntimos» también eran los militantes activos de Barcelona Farga Pellicer, García Viñas y Trinidad Soriano. (De los afiliados en Madrid, ninguno pertenecía a la Fraternidad.)

CASTILLA

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Palencia — que llaman tierra de Campos lo que son campos de tierra —. Hacen siete la familia: buhonero, buhonera, los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una ciega. En un carricoche ronco, bajo la toldilla, llevan unas pocas baratijas y unas pocas herramientas con que componer paraguas y lañar vajilla en piezas; tres colchonillos de estopa, tres cabezales de hierba y tres brazadas de borra: toda su casa y hacienda.

Cae la tarde. La familia marcha por la carretera. Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre un teso se otea... Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delantera. Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca muerta. El padre rige del diestro las borricas, a la recua. Viste blusa azul y larga, que hasta el tobillo le llega, la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza. A la zaga del carrillo, despeñada, alharaquenta, ronca de tanto alarido, las manos al cielo abiertas, los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.

Pasa la familia ahora junto al solar de las eras. Este trilla, aquél aparva, tal limpia y esotro accha. Un gañán, riendo, grita: «¿Hubo somanta, parienta?» La familia sube al pueblo y acampa junto a la iglesia. «¿Qué ocurre, buena señora? ¿Por qué así gime y reniega?» «Mi hija, que se me muere, mi hija la más pequeña.» «¿Dónde está, que no la vemos?» «Dentro del carrico pena. Anda más muerta que viva.» Nunca tal cosa dijera. Van las mujeres de huida, clamando: «¡Mal haya sea. La peste nos traen al pueblo. Echalos, alcalde, fueras.» Suben armados los mozos. Llanan al médico apriesa. El médico ya ha llegado. Mirando está ya a la enferma: una niña de ocho meses, que es sólo hueso y pelleja. «Vecinas, ha dicho el médico, no hay peste, esto es epidemia.» La niña se ha muerto de hambre. Y al que se muere lo entierran.

«Lleva la bisutería; alma, vida, princesa. Lleva la bisutería contigo bajo la tierra. Pendientes de esmeralda en las orejas. Al cuello el collar de turquesas. En el pelo dorado las doradas peñas. Lévalo todo, todo. Nada, nada nos queda.»

Campanas tocan a gloria. Marchan por la carretera, cruzando tierra de Campos, desde Zamora a Palencia.

Ramón PEREZ DE AYALA

Las diferencias de criterio, las suspi-cacias, exacerbadas éstas por la presen-cia en Madrid de Lafargue y por su in-tervención como escritor en *La Emancipación*, más el haberse descubierto o delatado por alguien — no se sabe quién — la existencia de la Alianza, que era secreta, determinaron a los miem-bros del Consejo federal a concertarse con cuantos miembros de la Alianza con-curriesen a Zaragoza para proponerles la disolución del organismo, considerán-dolo causa de divisiones y discordias, y para cumplir el acuerdo de la Conferen-cia de Londres.

Item, los miembros del Consejo federal decidieron no aceptar puestos en el Consejo que se nombrara en Zaragoza, también para hacer posible la armonía.

Ocurría todo esto en los últimos días de marzo de 1872. Quizá Mora, en su visita a Cataluña, habló con los amigos de Barcelona de disgustos, rozamientos, antipatías, incompatibilidades de carácter entre Morago y Mesa, y tal vez entre Morago y él... Ello es que «amigos de Barcelona» pidieron a Bakunin «que interviniese dirigiéndose a Mora», y que Bakunin interviniera, ya veremos cómo, porque el orden cronológico pide que antes hablemos del Congreso de Zaragoza.

Estaba éste convocado para el primer domingo de abril, que caía exactamente en el día 7; mas el Consejo federal, prudente y sagaz — que no en bal-de Mesa había sido conspirador y uno de los hombres civiles que prepararon la sangrienta rebelión del 22 de junio de 1866 —, adelantó al día 4 la fecha de la primera reunión, con lo que el Congreso pudo celebrarse clandestinamente, evitando que las autoridades gubernativas lo disolvieran antes de haber realizado la tarea que les estaba encomendada.

Este día 4, sin levantar mano, se aprobaron las actas de los 44 delegados — 35 de las Federaciones y todo el Consejo federal —, e inmediatamente se resolvió trasladar a Valencia la sede del Consejo, nombrándose, desde luego, uno compuesto de dos delegados de Valencia — Martínez, tintorero, y Montoro, tejedor en seda —, un delegado de Palma — Francisco Tomás, albañil — y Lorenzo y Mora, de Madrid, no aceptando el segundo y sí el primero. En sustitución de Mora se eligió a Severino Albaracín, profesor de Primera enseñanza de Valencia.

(La aceptación de Lorenzo no supone deslealtad a lo convenido, sino rectificación, porque se reconoció que al nuevo Consejo le sería hasta imprescindible la cooperación de alguien que estuviera bien enterado de todos los asuntos.)

En el acto se reunieron los individuos del Consejo que cesaba y del recién nombrado, se hizo entrega del papeletorio, se habló del estado de los asuntos, aunque casi no era necesario por seguir Lorenzo en el Consejo, y desapareció el riesgo de que la Federación regional quedase decapitada. Anádase que los elegidos para formar el Consejo — o parte de él, porque el resto lo complementaría la Federación valenciana — eran alian-cistas.

Se trabajó y resolvió en sesiones privadas o administrativas; mas, hábilmente, se quiso intentar el cumplimiento de la convocatoria, y el día 7 se notificó al gobernador que en el día siguiente, a las dos de la tarde, celebraría sesión pública el Congreso. Se repartieron convocatorias y se fijaron carteles, que fueron arrancados, así como prohibida la asamblea, con amenaza de disolución de ella por las autoridades gubernativas y de intervención de las judiciales para procesar.

Se preparó la sesión pública por la mañana, y a la hora en punto — dos de la tarde — se abrió la pública, presidiendo Morago y actuando de secretarios Mesa y Pagés. En el escenario del teatro en que se celebraba el acto tenían asiento todos los delegados, salvo los cuatro ya designados para formar el Consejo federal.

Abierta la sesión, con el local lleno totalmente de obreros que no habían acudido al trabajo aquella tarde, Morago pronunció un bello y valiente discurso inaugural, y cuando declaró abierto el Congreso, dos delegados de la autoridad se acercaron a la presidencia, requiriéndola para que levantara la sesión en el acto. Morago, entonces, hizo que se leyese por el compañero Mesa una protesta indignada que suscribían todos los delegados, y después se obedeció el mandato arbitrario de la autoridad gubernativa.

Hubo que dejar temas para discutir en el Congreso siguiente, que se celebraría en Córdoba, entre ellos el óptimo dictamen acerca de la propiedad que redactaran Lafargue y Lorenzo y presentara el Consejo federal, dictamen en el que se lee: «Al aceptar los estatutos de la Internacional hemos contraído el compromiso de subordinar todo movimiento político a nuestra emancipación.» Afirmación indicadora de la intervención de Lafargue y de la evolución ideológica de los miembros del Consejo federal.

(Continuará.)

¡Trabajadores! Leed «El Socialista».

Partido Socialista y Unión General de Trabajadores

A las Secciones y Agrupaciones

Camaradas: Pasados ocho años de dictadura, en los que el régimen ha inferido al pueblo toda clase de humillaciones y agravios, el Gobierno de la monarquía convoca al pueblo a elecciones municipales. Tal circunstancia nos ofrece el momento que necesitaba España para expresar con el voto su estado de conciencia de hostilidad al régimen.

Estas elecciones, aun siendo municipales, van a tener una gran trascendencia política. Y no es el capricho quien les da tal significación y trascendencia; son los hechos acaecidos, que no pueden borrarse de la Historia. El golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 es un atentado al derecho constitucional que castigan duramente las leyes, cometido por el régimen en su propio beneficio. El régimen, obligado por juramento solemne a cumplir y hacer cumplir la Constitución, además de no ofrecer ninguna resistencia a los sublevados, les entregó el Poder, haciéndose con ello solidario de las responsabilidades. Desde este instante aparece el régimen sublevado contra el derecho constituido, y obrando con poderes absolutos realizó toda clase de atropellos e ilegalidades contra el pueblo.

Y así hemos vivido siete años, en el transcurso de los cuales se sustrajo del Parlamento el expediente de las responsabilidades de Africa, con los acontecimientos del año 1921, substanciándolo a espaldas del país, en un régimen de tiranía y opresión que impedía toda fiscalización y crítica.

En los siete años llamados ignominiosos, el régimen, teniendo la dictadura como órgano ejecutor, confeccionó a espaldas del Parlamento presupuestos, creó impuestos e hizo empréstitos, cosas que están taxativamente prohibidas por la Constitución y que, por lo tanto, constituyen delitos que en manera alguna deben quedar impunes.

Aquella dictadura echó de los Ayuntamientos a todos los concejales que tenían nombramiento del sufragio universal, más o menos sinceramente practicado, y los sustituyó por nombramientos de real orden en personas afectas al régimen absolutista. Es otra ilegalidad que tuvo por consecuencia se llevaran a cabo otras muchas en el orden administrativo, por lo que será también indispensable rendir cuentas ante el país.

Aquella dictadura fué sustituida el día 29 de enero de 1930 por otra de maneras más finas en apariencia, pero que tenía el mismo origen y representaba las mismas intenciones del régimen, o sea burlar, escarnecer y ultrajar al país. Para ejercer esta dictadura de manera suave, de simulaciones y ficciones con respecto al derecho, fué nombrado presidente del Consejo de ministros el general Berenguer, jefe del cuarto militar del rey, quien había sido condenado y amnistiado en el proceso por el derrocamiento de la Comandancia de Melilla el año 1921. ¿Qué representaba este cambio de política? Un tanteo del régimen para ver si hallaba un camino fácil para librarse de las graves responsabilidades contraídas por su desdichada política. Y no lo logró, porque el país vio claro el engaño y se dispuso a no tolerarle.

El Gobierno Berenguer no exigió ninguna responsabilidad a los sublevados que habían tenido en sus manos ilegítimamente el Poder, y hasta premió a los insurgentes con cesantías de ex ministros, honores y sinecuras de toda índole.

Esta ficción fué rota por el movimiento del mes de diciembre último, que comenzó con la sublevación de Jaca, verificada con la aquiescencia moral de la inmensa mayoría del país. En esta lucha, el régimen representa la ilegalidad, la anarquía y el desorden; la sublevación, el derecho del pueblo a gobernarse a sí mismo, dándose las garantías de seguridad y de libertad que el régimen le arrebató el año 1923. Por eso el país, casi unánimemente, considera un hecho condenable el fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández, dos figuras que la Historia proclamará mártires de la causa de la libertad y de la soberanía nacional.

El Gobierno que sustituyó al del general Berenguer, además de ser una fiel continuación del anterior, representa la vieja tradición caciquil de la política monárquica, inmoral y co-

rruptora, que el país unánimemente repudia y desea aniquilar.

Todos estos hechos son los que dan carácter político a las elecciones. España está en guerra contra el régimen monárquico porque, lejos de amparar al pueblo en el ejercicio de sus derechos individuales, reconocidos en la Constitución, los ha desconocido y atropellado. Por eso, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, recogiendo y haciendo suyos los anhelos nacionales, han aceptado formar una inteligencia revolucionaria y electoral con los elementos republicanos a los solos efectos de imponer un cambio de régimen en el país. La República es hoy por hoy la suprema aspiración de la mayoría del pueblo español. En la República está la salvación del país; en la monarquía, el caos y el desastre.

Aconsejamos, pues, a los afiliados al Partido Socialista y a la Unión General de Trabajadores que voten en todas partes con fervoroso entusiasmo las candidaturas de inteligencia socialista-republicana. En donde no exista esa inteligencia debe votarse la candidatura socialista. Hay que vencer en esta lucha a los caciques de los pueblos y al régimen que los ampara. Hay que demostrarle al Gobierno que la opinión le rechaza porque representa unas instituciones caducas e ilegales. Al mismo tiempo, las elecciones van a ser un gran plebiscito nacional en pro de la amnistía de los presos o procesados políticos, tanto civiles como militares.

¡Camaradas! A cumplir todos con vuestro deber de ciudadanos. A votar unánimemente contra la monarquía para poder exigir del régimen las responsabilidades contraídas por su ruinosa actuación.

¡Trabajadores! Luchad sin tregua ni descanso porque el día 12 de abril salgan triunfantes de las urnas la amnistía y la causa de la República.

Madrid, 21 de marzo de 1931. — Por las Comisiones ejecutivas del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España: Manuel Cordero, Wenceslao Carrillo, Rafael Henche, Anastasio de Gracia, Andrés Gana y Enrique Santiago.

(De El Socialista.)

Cómo yo me convencí de la necesidad de una lengua universal

Yo tomé parte en la guerra mundial, como soldado germano. Pero yo siempre deconfíe de las cosas que los superiores nos decían para despertar en nosotros el espíritu guerrero. Yo no sentía interés en morir heroicamente por la patria. Yo no tenía padre ni madre. Tampoco tenía propiedades. De hecho yo no tenía patria. Por esta causa se despertaron contra mí muchos odios de los patriotas fanáticos. Algunas veces corrí verdaderos peligros entre mis propios camaradas, principalmente cuando yo intentaba evitar innecesarias crueldades.

En septiembre de 1914, en Sedán, una noche se armó un gran tumulto en el cuartel. Yo creí que serían los francotiradores, que insidiosamente nos atacaran. Los oficiales entraron en nuestros dormitorios presas de gran excitación y dando grandes voces. «¡Levantaos y escuchad! — decían —. He aquí una comunicación del ejército, gravísima.» «En la sierra de los Vosgos se han apresado algunos soldados que llevaban consigo, en su equipo, tres estiletes de hierro cada uno, de 30 a 35 centímetros de largo. Al preguntarles, no supieron contestar más que era obligatorio llevar aquellos instrumentos; pero, obligados a decir más, confesaron que aquello era para, cuando entrasen en Alemania, introducirlo en el útero de las mujeres germanas, para esterilizarlas.»

Consecuencia de estas palabras fué que todos aquellos compañeros míos, los mayores de unos treinta años, enloquecieron de rabia y comenzasen a proferir, a grandes voces, insultos contra los franceses, que tal barbarie intentaban. «Desde ahora ningún perdón a los franceses!; Hasta los niños deben ser exterminados!» Cuando yo me arriesgué a poner en duda solamente tal aserto, todos se volvieron hacia mí, me insultaron y me

Aviso a los camaradas de provincias

Atraídos por la esperanza de encontrar trabajo en Madrid, muchos camaradas de provincias vienen aquí, en muchos casos después de haber liquidado sus modestos ajueres.

Nuevamente nos encontramos en la necesidad de llamar la atención de todos los compañeros de provincias para que no vengán a Madrid esperando en encontrar trabajo fácilmente.

En Madrid, aunque hay algún trabajo, no hay, ni con mucho, para todos los compañeros que están parados, y, por tanto, cuantos más compañeros vengán de provincias, más número de parados existirá.

En cuanto a las obras de la Ciudad Universitaria, conviene hacer público que no significan la gran cantidad de trabajo que muchos compañeros se suponen, pues no se debe olvidar que en la industria de la edificación hay ocupados más de cuarenta mil trabajadores, y, por tanto, hay número más que suficiente de compañeros para ocuparse en las obras de la Ciudad Universitaria, las cuales, a pesar de su importancia, no pueden dar ocupación a todos los parados.

Sirvan estas líneas de aviso a todos los compañeros que estén ilusionados con encontrar trabajo, para evitarles viajes que sólo sirven para aumentar su miseria.

amenazaron con matarme a golpes. De veintiséis soldados de mi escuadra, sólo uno me acompañaba en mis pensamientos. Este uno era de la secta de los baptistas.

Hice cuanto pude por averiguar la existencia de los estiletes, y tras varios meses supe, de una manera secreta, que se trataba de unos hierros que usaban los soldados franceses para afirmar y estabilizar sus tiendas de campaña. Los soldados franceses no comprendían la lengua germana, y los alemanes desconocían o conocían muy mal la lengua francesa; y en estas circunstancias se arrancaban estas confesiones.

En agosto de 1915 fuí destinado a Rusia. Nuestro batallón atacó un día unas trincheras ocupadas por los rusos. Cuando llegábamos cerca de la línea rusa, súbitamente, los rusos cesaron el tiroteo, y en varios sitios aparecieron unas banderas blancas, signo de capitulación. Con grandes gritos de alegría, ante la evitada batalla cuerpo a cuerpo, nos elevamos y avanzamos tranquilamente. Pero — ¡oh terror! —, tras corta pausa, las ametralladoras rusas comenzaron su traqueteo, y muchos de nuestros soldados fueron alcanzados. Al grito de «¡Perfidia!» nos echamos al suelo, y de nuestro lado comenzó también el trágico traqueteo.

Una vez llegados a las trincheras rusas, nos arrojamos furiosos y ansiosos de venganza. Pero los soldados rusos se arrastraban, sin armas unos, mientras otros, con los brazos en alto, nos mostraban algunos cadáveres de oficiales rusos al mismo tiempo que gritaban algo que nosotros no podíamos entender.

Un soldado junto a mí, que conocía la lengua polaca, entre el ruido ensordecedor, me gritó: «No fueron los soldados los que tiraron después de elevar bandera blanca, sino los oficiales, a los que, por esta causa, han dado muerte sus propios soldados.»

Yo comprendí claramente la situación y en seguida intenté aclarársela a mis compañeros. Pero vanamente; ya crujían los huesos de los cráneos de los soldados rusos. Nadie atendía mis gritos de protesta. Los inocentes, sin armas, eran matados a golpes, como si fueran carneros..., a causa de no haber tenido un medio de comprensión.

J. BURGER

Traducido del esperanto por F. M.

¡Albañiles! El día 12 del corriente son las elecciones municipales. Emitid vuestro voto en las urnas en provecho de la democracia española.



Ya comeremos mañana si padre encuentra trabajo.

fuera preciso, y traidor aquel que vea por encima del bien colectivo sus intereses personales, porque en esto último no se quisieron fijar los hombres de quienes estamos obligados a imitar su intachable conducta.

Los alardes de valentía perpetua no producen tan buenos frutos como aquellos que surgen de la espontaneidad, y más en estos momentos, donde hubo tiempo sobrado, aun para los jóvenes, a tenerlo bien meditado.

Sabido es que el dominio de los Ayuntamientos radica en las mayorías, y si su ideal es de izquierdas, también es sabido que representará el primer paso para la caída inminente de la monarquía; mas por ello es preciso, a toda costa, no fiarse de las promesas de sinceridad electoral que se hacen al pueblo, y pongamos en el compromiso adquirido moralmente nuestra voluntad, nuestra fuerza, nuestro espíritu inflamable, porque así le transformaron, a fin de ver si por este procedimiento, ya que por otro no pudo ser, logramos enarbolar el emblema nacional compuesto de un solo color.

¡Oro y sangre! ¡Gualda y rojo! No fueron lerdos quienes estimaron oportuno hacer un pendón así. Orgullo y vanidad de su autor y sucesores, que se dicen con frecuencia unos a otros: El oro, de nosotros; la sangre, de los demás.

EMEYPE

Cifras interesantes

LOS SUELDOS DE LA REAL CASA

Entre las desventajas de una monarquía respecto a una República figura la nómina de la familia real.

El sistema de gobierno monárquico es verdaderamente oneroso.

Nos vamos a referir exclusivamente a la monarquía española, para no divagar demasiado.

No sabemos si habrá variado desde la primera dictadura hasta hoy el sueldo de las personas borbónicas que paga España, es decir, de menos a más.

Cuando Primo de Rivera asaltó el Poder, España pagaba a la casa real 25.800 pesetas diarias, o sea 1.075 pesetas por hora.

Los sueldos anuales o consignaciones por personas eran los siguientes:

	Pesetas.
Rey.....	7.000.000
Príncipe de Asturias.....	500.000
Reina consorte.....	450.000
Reina madre.....	250.000
Infanta Isabel.....	250.000
6 infantes, a 150.000.....	900.000
Infante D. Gonzalo.....	65.416,62
Total.....	9.415.416,62

Para poder opinar sobre esa cifra y juzgar si es justa o exagerada, vamos a relacionarla con lo que perciben 3.766 familias.

Las personas reales afectadas por la lista civil ascienden a doce. Las 3.766 familias, a razón de cinco personas por cada una, suponen 18.830 individuos.

El sueldo medio de una familia obrera es de 2.500 pesetas por año. Multiplicando este sueldo por las 3.766 familias, tendremos un producto equivalente al sueldo de la familia real; es decir, que 12 personas ganan en un año tanto como 18.830.

Comprendemos que haya diferencias, como debe haberlas en una República; pero no tan grandes y tan excesivas que la injusticia salte a la vista del más miope.

Estos datos son lo bastante elocuentes para que un español sensato se dé cuenta de lo cara que resulta a España la monarquía, que ni siquiera es de origen español.

En la República sólo cobraría un presidente genuinamente español, y no gravarían el erario ni su mujer, ni sus hijos, ni sus padres, ni ningún otro pariente, y la cantidad a aquél asignada sería sensiblemente menor que la que por su parte cobra el rey solo.

Con la diferencia entre la lista civil de la casa real y el sueldo de un presidente de República podrían construirse anualmente uno o dos pantanos importantes que fertilizaran las tierras yermas, convirtiéndolas en sosten de tantos desgraciados que tienen que emigrar a buscar en el extranjero el pan que les niega su patria.

Por patriotismo y por economía hay que abogar por la pronta desaparición de la monarquía española.

(De Alava Republicana.)